LAS CUATRO BARRAS:
de bandera a señera

Pere Anguera
Universitat Rovira i Virgili, Tarragona

En 1934, Josep Maria Miquel Vergés escribía que «el proceso lírico de resurgimiento de la idea catalana, del sentimiento patriótico catalán» se había plasmado «en las cabeceras simbólicas de los periódicos renacentistas: las montañas de Montserrat, el Sol naciente de la Patria, la hoz, la barretina, el payés catalán, las gavillas, el porrón, las espigas, etc.», y «por encima de todos ellos, queda el símbolo principal, las cuatro barras, sello inmortal de la Cataluña íntegra».[1] Es el primer catálogo de la simbología catalana que, desde hacía unas décadas, se había ido configurando al mismo tiempo en un sentido positivo (la construcción de la propia imaginería) y en otro negativo (el rechazo a la estatal). Ya en 1906, Alejandro Lerroux manifestaba que «existe una aspiración separatista que se manifiesta en explosiones de odio contra las exterioridades del poder central o contra sus instrumentos, la bandera, la marcha real, el Ejército».[2] Y unas líneas más abajo añadía: «no creo calumniar a nadie sosteniendo que de verdad existe aquí, en el seno del catalanismo, una aspiración separatista». Lerroux, como siempre, exageraba, pues no sólo eran los separatistas, escasos en número e incidencia, salvo en contadas ocasiones emocionales que apenas llegaban a cruzar por lo general las fronteras de su entorno, los únicos que sentían poca simpatía y atracción por los símbolos estatales, considerados ajenos, sino que esta percepción era compartida por buena parte, por no decir la mayoría, de la población. Eran muchos los catalanes que se sentían más cercanos anímicamente a unos símbolos propios, asumidos sin ningún tipo de presión im-

[1] Josep Maria Miquel Vergés, «El simbolisme patriòtic a través de los capçaleres dels periòdics renaixentistes», *Revista de Catalunya*, 81 (1934), p. 428. Renacentistas alude a los publicados en la etapa del renacimieno literario. Para facilitar la lectura se traducen al castellano, sin hacerlo constar, todas las citas originariamente en catalán. El título de las referencias indicará al lector la lengua en que fueron escritas.

[2] Alejandro Lerroux, *Mi evangelio*, [Barcelona, 1906], p. 4.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

positiva, de creación y, sobre todo, con un arraigo reciente, como recientes eran también, con una cronología desigual, los de la mayoría de estados europeos. Sin lugar a dudas, la tarea de sensibilización de los propagandistas del catalanismo se vio favorecida por la debilidad y las contradicciones del gobierno español en la creación de sus referentes simbólicos.

La creación de los símbolos catalanes y el rechazo a los españoles fue el resultado de un proceso, más bien corto en el tiempo aunque intenso y exitoso. El catalanismo, desde su fase regionalista, supo unas veces recuperar y otras inventar una tradición y hacerla asumir por amplios sectores de la sociedad, consiguiendo así hacer creer, en una maniobra semejante a la de los estados pero sin contar con el poder coercitivo del que éstos disponen (el ejército y la policía con el palo siempre preparado en la mano y los juzgados aplicando una legislación penalizadora) o con el sistema educativo alienador a su servicio (la escuela y los medios de comunicación con fines instrumentalizadores), que sus símbolos eran eternos, al menos, en la primera parte de la premisa, esto es, que no tenían origen o que éste se perdía en la noche de los tiempos.

Los signos son importantes, pero no lo son todo; lo señalaba Pere Aldavert, catalanista de primera hora, cuando establecía la diferencia entre los convencidos, quienes no necesitaban exhibiciones externas («como los catalanistas convencidos, que no se creen más catalanistas por llevar un lacito en la solapa de la americana que sin él»[3]) y aquellos que centraban su activismo en alguna ostentación ornamental. En este artículo me propongo establecer la cronología, no la historia completa, de la conversión de las cuatro barras en elemento reivindicativo, tras superar los componentes puramente sentimentales o los referentes neutros identitarios sin connotaciones políticas inmediatas. Es decir, especificar las fechas del proceso que las convertirán en unos breves años en el emblema de la reivindicación nacional interclasista e interideologista, proceso que no supo hacer ni el nacionalismo ni el patrioterismo español.[4]

Las cuatro barras[5] constituyen en realidad el primero de los símbolos más de Cataluña que no del catalanismo por su importancia y la an-

[3] Pere Aldavert, *Dels anys de la Fàccia*, La Renaixensa, Barcelona, 1907, p. 102-103.

[4] Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Taurus, Madrid, 1999, pp. 16-17 esp. para la falta de consenso en el himno y la fiesta nacional.

[5] Para los orígenes y principales representaciones antiguas, Lluís Domènech Montaner-Fèlix Domènech Roura, *Ensenyes nacionals de Catalunya,* Costa Brava, Barcelona, 1936 y Armand de Fluvià, *Els quatre pals. L'escut dels comtes de Barcelona*, Dalmau, Barcelona, 1994. En 1872, de manera temprana, J. R[oca] F[erreras] estudió «Las armas dels escuts de Catalunya y Barcelona, consideradas en antigas monedas», *La Renaixensa*, 1872, pp. 181-182, 192-193, 206-208, 219-221, 244 y 263-264, con el fin de establecer las fechas y usos de las cuatro barras y de la cruz de San Jorge en la numismática. Para la visión aragonesa sobre el origen de la bandera compartida Guillermo Fatás y Guillermo Redondo, *La bandera de Aragón*, Zaragoza, Guara, 1978 y *Blasón de Aragón: el escudo y la bandera Zaragoza*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1995 y Alberto Montaner Frutos, *El señal real del rey de Aragón: historia y significado.* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1995.

ISSN 0044-5517
Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272

tigüedad en que fueron asumidas. Las cuatro barras, a la vez la bandera y el escudo, lo fueron sin restricciones ni discusiones y de manera rápida por todos los sectores, con independencia del grado de compromiso ideológico y de las reivindicaciones políticas, incluso por muchos que no cuestionaban su sentimiento de identidad. Una primera consideración se impone: son uno de los blasones «más antiguos de Europa»,[6] y el que cuenta con una identificación más constante y una vida más larga. La bandera española, por el contrario, proviene de un decreto de Carlos III con fecha de 28 de mayo de 1785 y de sobras son conocidas las discusiones y vacilaciones protagonizadas por los partidarios de la bicolor y la tricolor a lo largo de los siglos XIX y XX, periodo en el que arraigan y toman fuerza las banderas nacionales; de hecho, hasta el 1908 se empleó básicamente como bandera militar y fue sólo a partir de entonces cuando, a instancias de Maura y seguramente presionado emocionalmente por la fuerza emergente del catalanismo, se decretó la obligatoriedad de su exhibición en todos los centros oficiales.[7] El diseño actual de la Union Jack británica data de 1801, aunque su primer antecedente se encuentra en 1606. La bandera francesa nació en los años de la revolución: el 17 de julio de 1789 los colores blanco, azul y rojo, fueron adoptados para las escarapelas de las milicias parisinas a propuesta de La Fayette; en 1790, y a instancias de Mirabeau, la tricolor pasó a convertirse en la bandera de la armada y en 1812 Napoleón regularizó su uso.[8] La bandera italiana ondeó por primera vez el 7 de enero de 1797 como «bandera de Estado de la República Cispadana, posteriormente de la Cisalpina»[9] a propuesta de Giuseppe Compagnoni, quien justificó la elección de sus colores;[10] después, fue adoptada por Giuseppe Mazzini y por la Joven Italia, y como consecuencia de esta decisión, por el futuro reino italiano.[11]

A diferencia de la bandera francesa, de la española, de la inglesa o de la italiana, e incluso de la vasca,[12] todas ellas con un promotor y un

[6] Martí de Riquer, *Llegendes històriques catalanes*, Quaderns Crema, Barcelona, 2000, p. 14; en la p. 13 confirma que está documentado en el 1150, que es el cuarto de los documentados y el más antiguos de los actualmente en uso. La fecha ya la había avanzado Fluvià, *op. cit.,* p. 51.

[7] C. Serrano, *op. cit.*, pp. 77-105 y especialmente 77 y 85 para los dos decretos. Las dudas y vicisitudes de su oficialización y las dificultades para conseguir la identificación popular en pp. 77-105.

[8] «Bandera» en la *Gran Enciclopedia Catalana*, III, Barcelona, 1971, p. 137. El 16 de julio de 1789 Luis XVI se colocó en el gorro una escarapela tricolor aceptándola como «signo distintivo de los franceses», Michelet, *Histoire de la Révolution française*, I, Robert Laffon, París, 1979, p. 165.

[9] S. la Salvia, «La Bandiera e l'Italia», *Mostra Storica del Tricolore. 1797-1997*, Viviani Editore, Roma 1998, p. 11.

[10] L. Rossi, «Origini della Bandiera tricolore italiana», *Mostra*, p. 21.

[11] G. Luseroni, «La Bandiera tricolore dal 1831 al 1849», *Mostra*, pp. 23-24.

[12] Para la creación, divulgación y simbología de la bandera vasca, Iñaki Egaña, *Ikurriña. Cien años*, Txalaparta, Tafalla, 1994.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

año de nacimiento perfectamente conocidos, el origen de la bandera catalana se pierde en las nieblas del tiempo, lo que permite tejer todo tipo de leyendas en torno suyo.[13] Fue en sus orígenes el estandarte familiar de la casa condal de Barcelona. El primer conde que utilizó su diseño actual, «oro con cuatro palos de gules», fue Ramón Berenguer IV en 1150, casado ya entonces con Petronila de Aragón; no obstante, existen sólidos indicios que llevan a suponer que «el linaje condal de Barcelona tenía como emblema palos rojos sobre un fondo dorado antes de que apareciese la heráldica en Europa y antes de la unión condal con el reino de Aragón», en realidad «quizá desde el siglo XI».[14] Posteriormente, fue asumida por las instituciones catalanas, en especial, por la Diputación del General o Generalidad, para acabar dando el paso definitivo y pasar a representar al conjunto de la comunidad, el Principado de Cataluña. Es evidente que su uso por parte de la Generalidad era algo más que puro ornamento; lo confirma la actitud de la monarquía la segunda mitad del siglo XVII, al intentar sustituirlo con argumentos que ponen en evidencia su popularidad, como por ejemplo que la insignia era «tan vulgar que los jurados de cualquiera de las villas y lugares de Cataluña la utilizaban». La verdadera razón era que las cuatro barras «estaban introducidas y en la común estimación de la Provincia y reconocidas como muy propias de su representación».[15]

Si damos un voto de confianza al bibliófilo Pau Font de Rubinat, tras la unión dinástica de las coronas de Aragón y Castilla, la fidelidad emotiva del pueblo ante el emblema condal se mantuvo viva en todo momento: «Cataluña (…) siguió utilizando su propio escudo de los cuatro palos, apropiándoselo el pueblo que siempre ha tenido fuerte devoción por su enseña nacional.»[16] La contundencia de esta afirmación podría ser discutida ya que Pujades, que dedica unas cuantas páginas a la historia del blasón, no hace referencia alguna al componente identitario,[17] a pesar de que estudios más recientes han evidenciado que sí que tenía una fuerte carga política reivindicativa a lo largo de los siglos XVI y XVII, cuando era utilizada por los que querían eludir las servidumbres feudales y pasar a depender directamente de la corona. A principios del siglo XVII, la tentativa de las autoridades reales para hacer alternar las cuatro barras con los leones y castillos originó un alboroto en Barcelona, en la misma

[13] M. Riquer, *op. cit.,* pp. 28-47 y A. de Fluvià, *op. cit.,* pp. 17-46.

[14] M. Riquer, *op. cit.,* pp. 14-16 y 18, para las citas. Para la última, véanse, las apreciaciones de A. de Fluvià, *op. cit.*, pp. 72-75.

[15] Para las citas Eva Serra, «El pas de rosca en el camí de l'austriacisme», a *Del patriotisme al catalanisme*, Eumo, Vic 2001, p. 81 y más detalles en «Catalunya després de 1652», *Pedralbes*, 7 (1997), pp. 204-207.

[16] Pau Font de Rubinat, «Pròleg» a Domènech-Domènech, *Ensenyes*, p. [3].

[17] Gerónimo Pujades, *Crónica Universal del Principado de Cataluña escrita a principios del siglo XVII*, VI, Barcelona, 1830, pp. 289-294.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

época en la que los embajadores catalanes ante la corte de Madrid colgaban «en las casas de su habitación (…) el escudo con las cuatro barras y corona real».[18] Todavía una exposición de la Real Audiencia de Cataluña, del 30 de agosto de 1755, se refería a «las armas de Cataluña (…), las cuatro barras de gules o rojas en campo de oro».[19] El texto dice «eran», aunque el uso del pasado se justifique por el contexto descriptivo y porque Cataluña había dejado de existir como entidad con personalidad reconocida. Repasar el uso y la adhesión a lo largo de la época moderna nos llevaría demasiado lejos; aquí, lo que quiero es establecer el momento en el que las cuatro barras dejan de ser consideradas un mero símbolo histórico, más o menos sentimental u ornamental después de la derrota de 1714, para convertirse en símbolo nacional en el sentido actual de la palabra, sobre todo, teniendo en cuenta las palabras de Font de Rubinat que, sin embargo, albergan cierta contradicción con respecto a su cita anterior: «el renacimiento literario precedió al renacimiento político, y en conjunto, produjeron la resurrección de la bandera catalana, que en realidad nunca había sido del todo olvidada en el periodo de decadencia de Cataluña» iniciado con el compromiso de Caspe.[20] Cabe pues preguntarse: cuándo, dónde, qué y quién provocó su «resurrección» nacionalizadora y la dotó de pleno sentido político.

Quizá la primera referencia pública moderna con voluntad de identificar, a manera de bandera nacional, el antiguo emblema con el referente de la comunidad política, se encuentre en la propuesta formulada por Blondel en 1810 de crear una Guardia Nacional catalana propia, con un «Pabellón Nacional» donde «bajo la protección del águila imperial se hiciera reaparecer este antiguo escudo de armas cedido en otro tiempo por un nieto de Carlomagno al conde de Barcelona».[21] La idea no cuajó y la evolución política posterior no fue demasiado favorable a la resurrección de elementos simbólicos identitarios, que solo podían ser vistos como sediciosos al ser identificados con instituciones abolidas. En mayo de 1822, en pleno debate sobre la división provincial, la diputación de Barcelona propuso que las cuatro diputaciones catalanas utilizasen el mismo escudo, el sello de la antigua Diputación del General de Cataluña, con el nombre de cada provincia debajo, como único elemento distinti-

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

[18] Núria Sales, *Els botiflers*, Dalmau, Barcelona, 1999, pp. 92-93 y 24.
[19] A. de Fluvià, *op. cit.*, p. 109.
[20] P. Font, *op. cit.,* p. [I].
[21] Maties Remisa, *Els catalans i l'imperi napoleònic*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, pp. 88-89. Un uso más ambiguo juega la ornamentación de 1802 en Barcelona con motivo de la visita de la familia real: en una de las alegorías de arquitectura efímera estaba la «corona Real enlazada con la del conde» y en otra «los escudos de Aragón y Castilla», *Noticia individual de la entrada de los reyes nuestros señores y real familia en la ciudad de Barcelona, la tarde del once de setiembre del presente año de mil ochocientos dos,* Barcelona, 1802, pp. 9 y 12. De «Aragón» quiere decir los cuatro palos.

vo. La propuesta fue rechazada de forma tajante por el gobierno,[22] que debía temer un resurgimiento de la catalanidad. Nada hace pensar que los pelotones carlistas, ni tampoco las tropas mercenarias de apoyo a los liberales, los cuerpos francos, y todavía menos los batallones del ejército, bautizados con nombres de ciudades catalanas, las utilizaran durante la primera guerra carlista; que se veía en las cuatro barras un símbolo politizado, y si la última palabra parece anacrónica, con contenidos reivindicativos identitarios más allá del sentimentalismo ucrónico, lo parece evidenciar la orden de cerrar la ceca de Barcelona a fines de 1836 por haber acuñado monedas con el escudo de Cataluña, lo que el gobierno interpretó como una muestra de secesionismo.[23] La interpretación la parecían corroborar diversos episodios, como por ejemplo, el comentario del diario *El Vapor* del 20 de septiembre de 1835 dedicado precisamente a desmentir la voluntad independentista, en el que sin embargo, se podía leer que «razones de alta política había que pesar (…) antes de enarbolar las gloriosas barras de nuestros condes»,[24] frase que da a entender que la insignia era lo suficientemente conocida y que en el caso de proclamar la independencia, o de reivindicarla de manera decidida, se convertiría en la bandera del nuevo estado al tenerla asimilada la población como la de tiempos pasados más gloriosos.

En 1839, Pablo Piferrer atribuía el logro de la independencia de Cataluña a Wifredo el Velloso y se hacía eco de la leyenda del origen de los cuatro palos: «aunque muchos sabios anticuarios afirman y prueban la falsedad de aquella tradición (…); sin embargo, siempre es grato escuchar las tradiciones de nuestros mayores y las hazañas de aquellos tiempos llevan consigo un sello tan sano por el decurso de los siglos, son tan poéticos, que el ánimo se complace en leerlas y contarlas, aunque venga luego la razón a manifestarnos su falsedad evidente».[25] Así pues, la fábula era conocida y apreciada por parte de la población culta. La popularidad de las cuatro barras se ve confirmada en la confusa acta de acusación de A. J. Serradilla contra la junta carlista de Berga, sospechosa del asesinato del conde de España. Serradilla quería investigar qué había de verdad en el rumor de que, en confabulación con los cristinos, habían querido acuñar unas monedas sin las «armas de Castilla», lo que permite por eliminación suponer que, de acuerdo con la tradición, figurarían las de Cataluña; también quería investigar con especial interés, qué había de verdad en la propuesta por parte de antiguos combatientes carlistas

[22] Ramon Arnabat, *Revolució i contrarrevolució en Cataluña durant el Trieni Liberal (1820-1823)*, tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, 1999, p. 169.

[23] Pere Anguera, *Els precedents del catalanisme. Catalanitat i anticentralisme: (1808-1868)*, Empúries, Barcelona, 2000, pp. 135-136

[24] P. Anguera, *Ibidem*, p. 148.

[25] Pablo Piferrer, *Recuerdos y bellezas de España. Cataluña*, Barcelona, 1839, pp. 18-19. La referencia no la recogen ni Fluvià, ni Riquer.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

de alzarse de nuevo en 1840 al «grito de independencia, presentando las barras de sus antiguos condes».[26] No tiene mucha relevancia, aquí, la veracidad de esta información más que dudosa; lo que resulta sintomático, tanto en el caso liberal como en el absolutista, es que todos los conflictos se estructuren en torno a la presencia de las cuatro barras y del recelo que las mismas generaban en las autoridades, fueran liberales o carlistas.

En 1843, *Lo Verdader Català*, la primera revista publicada en catalán, adornaba su cabecera con un campesino recostado sobre una piedra con las cuatro barras grabadas en ella. El mismo año, un anónimo comentarista político madrileño mencionaba «las Barras de Aragón»,[27] al hablar de la pluralidad de los símbolos heráldicos españoles. Por ello, sorprende que un agitador profesional tan bien informado como Tomàs Bertran Soler se refiriese en 1848, en una de las proclamas de la fantasmagórica Diputación General de Cataluña, al «blanco pendón (…) empuñado por nuestros condes»,[28] que sólo puede ser explicado como un lapsus retórico, por ser el blanco el color de los Borbones, puesto que por aquellos años se estaba incubando ya la voluntad de proyección moderna del símbolo, a pesar de las renuencias y de las vacilaciones. Moderna, pero todavía estrictamente simbólica, no reivindicativa. Así, en 1857, «escudos de Cataluña y de Montserrat» adornaban la tienda de campaña que se había montado en la explanada delante del santuario con motivo de la fiesta para ofrendar a la Virgen los diferentes regalos ofrecidos por la familia real.[29] Lo que se ha de destacar en esta ocasión es que la presencia de los símbolos catalanes no obedecía a un ingenuo decorativismo o a una concesión folklórica, sino todo lo contrario: respondía a una consciente voluntad testimonialista. El decorador Rigalt[30] «trabajó con ahínco para que entre los adornos no se echasen a faltar los recuerdos de nuestro país, y a él es debido el que en todas partes donde figuraban las torres, los castillos y los leones, hallan brillado de par con ellos la cruz de San Jorge, las gules barras y el monte cortado por la sierra». Estas insignias propias de Cataluña no estaban previstas en un principio por las autoridades organizadoras del acto y fue la presencia de los otros símbolos, de los castellano-españoles, lo que provocó, por así decirlo, la reacción de reivindicación catalana del decorador. Al menos esto es lo que deja entender Víctor Balaguer: «él [Rigalt] es quien, improvisándose los co-

[26] P. Anguera, *op. cit.*, pp. 179-180.
[27] P. Anguera, *Ibidem*, pp. 225.
[28] Joan Camps Giró, *La guerra dels matiners i el catalanisme politic*, Curial, Barcelona, 1978, p. 245.
[29] Víctor Balaguer, *Guía de Monserrat y de sus cuevas*, Barcelona, 1857, p. 119. En otros lugares del monasterio había «escudos de armas catalanes», *id.*, p. 121.
[30] Puede tratarse del escenógrafo Josep Rigalt Fargas.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

lores y procurándose brochas, pintó dichos escudos, cuya ausencia en tal solemnidad hubiera sido imperdonable».[31]

Se podría pensar que si en 1860 «pendones ostentando las armas de Cataluña» eran llevados en manifestación por estudiantes barcelonenses al lado de banderas españolas, o figuraban en los elementos ornamentales de arquitectura efímera levantados con motivo de la recepción de los Voluntarios Catalanes en la guerra de África, lo hacían sin ningún afán reivindicativo,[32] sobre todo, cuando se desconoce su procedencia, ya que podían formar parte del guardarropas del Liceo, de donde los mismos estudiantes sacaban los pendones indiscriminados que paseaban por la calle tras oír las noticias de una nueva victoria española;[33] el testimonio de Tubino, a menudo distorsionado por los recelos ante las muestras de catalanidad: «el predominio de las banderas con lemas y escudos catalanes (…) mostraba los vuelos del catalanismo o respondía a sus esperanzas»,[34] parece desmentir la hipótesis de gratuidad en la exhibición. Que Tubino exageraba al valorarlas, parece que se puede deducir de la actitud de Víctor Balaguer, que tras explicar el mismo año la leyenda «de esas cuatro barras de sangre» trazaba de ellas un encendido elogio limitado solamente al pasado medieval, sin hacer ninguna referencia al presente, ni tampoco al sentimiento que podían despertar entre los ciudadanos;[35] limitación al menos sorprendente en alguien que, tres años antes, había alabado la actitud de Rigalt en Montserrat.

En 1863, Eusebi Pasqual denunciaba y lamentaba la voluntad de asimilación gubernamental, que imponía los símbolos de Castilla en todos los lugares como los cánones representativos de la identidad española, acusando a aquellos que preferían otros emblemas de provincialistas. Pasqual reclamaba poder ver en los escudos «entre sus leones y sus torres, nuestras heroicas y gloriosas barras».[36] Se podría pensar que el lamento reivindicativo formulado delante del auditorio de los Juegos Florales tan sólo afectaba a los literatos o a una minoría; sin embargo, la popularidad del símbolo parece evidente cuando en 1865 permía hacer bromas basadas en el juego de palabras. Una revista satírica, bastante sensible al hecho catalán, lo que elimina connotaciones peyorativas en el comentario, preguntaba: «¿En qué se parece el escudo de Cataluña a dos hombres?», y la respuesta, que, se supone al alcance de todo el

[31] V. Balaguer, *Guía de Monserrat…,* op. cit., p. 133.

[32] Víctor Balaguer, *Reseña de los festejos celebrados en Barcelona en los primeros días de mayo de 1860, con motivo del regreso de los voluntarios catalanes y tropas del ejército de África*, Barcelona-Madrid, 1860, pp. 15,18, 51-52 y 58.

[33] Conrad Roure, *Anys enllà,* La Ilustración Catalana, Barcelona, s.a., p. 34.

[34] Francisco Maria Tubino, *Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia*, Madrid, 1880, pp. 331-33.

[35] Víctor Balaguer, *Historia de Cataluña*, t. I, Barcelona, 1860, pp. 285-286.

[36] Eusebi Pascual, «Discurs», *Jochs Florals de Barcelona 1863*, Barcelona, 1863, p. 25.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

mundo, era: «En que tiene cuatro barras».[37] Tres años más tarde, en 1868, Enric Claudi Girbal formulaba su glorificación: «Pendón de las rojas barras, / pendón de los bravos catalanes, / nunca como tú se ha visto ningún otro, / más temido ni respetado».[38] Por el contrario, todo induce a creer que la bandera de las cuatro barras estuvo completamente ausente en las manifestaciones federales del Sexenio.[39] La situación resulta comprensible por la falta de carga política ideológica, aun a pesar de haberse mantenido viva la simbólico-emotiva. Algunos coetáneos denunciaron la situación. El último domingo de noviembre de 1869 tuvieron lugar dos manifestaciones en Barcelona, una monárquica y otra republicana. La monárquica iba encabezada por una bandera tricolor donde «al lado de nuestros, amarillo y rojo, aparecía el morado» en honor a Castilla.[40] Días después, el mismo periódico se preguntaba: «¿Permitirá Dios que (…) tengamos que ver hoy también excluido del escudo de la nacionalidad española los flamantes colores de la antigua, y tanto como antigua liberal, nacionalidad catalana?».[41] Ni los federalistas más radicales asumieron las cuatro barras: «el estandarte federal de 1873», reproducido por Granier Barrera, es bastante elocuente. En el anverso, encima de dos triángulos concéntricos, se leía «Estado Catalán», en el centro del triángulo pequeño «Club de los Federalistas», entre las dos figuras geométricas «Libertad. Igualdad. Fraternidad» y debajo «Pacto». En el reverso, mucho más simple, «República/ Democrática/ Federal», siempre en letras rojas.[42]

En 1883, el tratamiento dado por una revista satírica revela que el conocimiento del símbolo estaba arraigado. Al criticar un programa festivo de Tarragona, escribían: «las últimas fiestas y ferias de Santa Tecla han creado un entusiasmo diabólico por los cuernos, en una de las

[37] *Un tros de paper*, 30-VII-1865, p. 4. En catalán, barra significa tanto barra (palo) como mandíbula. Id. 12-XII-1865, p. 3, al comentar la «Exposició de pinturas, medallas, esculturas, etc.», Pau Bunyegas describe una: «figura el origen de nuestras *cuatro barras de sangre*. El heroísmo de Wifredo, con la herida abierta en un costado, el entusiasmo del voluntario catalán, la admiración del veterano, y la impasibilidad del guerrero tuerto, están retratados en distintas figuras del cuadro. ¿Quién es aquel que al mirarse aquella mano encima del escudo, no exclama: esta mano es a propósito para hacer *barras*?».

[38] Enric Claudi Girbal, *Follías*, Gerona 1868, p. 21. En otra cuarteta señala: «Regidores que sobre el pecho / lucís púrpuras bandas, / recordad aquellos prohombres / de las rojas gramallas», p. 25.

[39] Véase el grabado de la proclamación de la primera república en Barcelona, reproducido en *Cent anys de catalanisme*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1993, p. 35. A. id. p. 36 no se ve ninguna bandera con las cuatro barras en la manifestación federal de Barcelona de 1868; parece ser el mismo grabado francés que comenta C. Serrano, *op. cit.*, p. 90, destacando la sola presencia de banderas españolas bicolores.

[40] «Novas», *Lo Gay Saber*, 1-XII-1869.

[41] «Novas», *Lo Gay Saber*, 15-XII-1869.

[42] Granier-Barrera, «Relíquia històrica. La bandera de l'Estat Català de 1873», *Mirador*, 30-IV-1931. Como señala el autor del artículo, todo el texto estaba en castellano.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

cuatro capitales de Cataluña. Se ha edificado allí un nuevo templo a la barbarie y, si muchas poblaciones de Cataluña siguiesen el ejemplo, es probable que las cuatro barras de sangre del velloso Wifredo, llegarían a ser remplazadas en el escudo de Cataluña por las barreras taurinas».[43] La definitiva politización, la voluntad de exhibir la bandera como un claro exponente ideológico de reivindicación, tomaría fuerza en los años siguientes, a lo largo de la década de 1880. Una muestra contundente de la nueva percepción la ofrece Josep Narcís Roca Ferreras; «nuestros ideales nos llevaran a que un día nuestras barras catalanas resplandezcan solas, sin leones, castillos, cadenas ni granadas, sobre las puertas de embajadas catalanas en Madrid, Lisboa, París, Roma, Londres, Berlín, Viena, Washington, Lima, Quito, etc. Y sobre los portales de cientos de consulados catalanes; que el pendón de nuestras barras, cuatro, no dos, se desplegase al viento sobre casas de embajadores y cónsules de Cataluña en todas partes».[44] Palabras que repitió de forma casi literal medio año más tarde en un mitin multitudinario.[45]

En los años 1880, las cuatro barras se convirtieron progresivamente en el símbolo militante del catalanismo todavía en fase de cristalización, en detrimento de la cruz de San Jorge que podía haberle hecho la competencia. «Banderas catalanas» decoraban «rincones, paredes y el techo de la sala» donde la Associació Catalanista de Reus celebró la fiesta inaugural de curso el 9 de enero de 1886.[46] En marzo del mismo año, abundaban en el teatro del Centre Catalanista Provensalesc durante el acto de la lectura de los poemas premiados en su certamen.[47] En mayo, la Associació Catalanista de Reus celebró la fiesta de San Jorge, aplazada por coincidir el 23 de abril con la Semana Santa, y nuevamente en el salón, «la bandera catalana ondeaba en techos y rinconeras», de la misma manera que había engalanado la nave de la prioral de San Pedro, lugar donde se celebró el acto religioso, «con cinco grandes pendones, dos de Cataluña, dos de San Jorge y otro de Reus».[48] En julio, los socios de la misma entidad fueron a recibir a la estación a los delegados que habían asistido en Barcelona al acto organizado por el Centre Català contra el acuerdo comercial con Inglaterra. Cuando regresaron a la sede social encontraron «la bandera de las barras cubierta con un lazo negro».[49] En

[43] *Lo Garbell*, Lérida 14-X-1883, p. 2. Burla de los aficionados a los toros en Catalunya, El Oncle, «Un aficionat a toros», *Lo noy de la mare*, 17-VI-1866.

[44] J. N. Roca, «L'ensenyansa y estudi del catalá», *L'Arch de Sant Marti*, 25-XII-1885, p. 1009.

[45] J. N. Roca, «Carta d'en J. Narcís Roca», *L'Arch de Sant Mart*, 25-VII-1886, p. 722. Fue leída en un mitin del Centre Català en el teatro Novetats de Barcelona.

[46] *La Veu del Camp*, 7-I-1886, p. 138 del facsímil publicado por la Associació d'Estudis Reusencs, Reus 1993, a partir del cual siempre cito.

[47] *La Veu del Camp*, 28-III-1886, p. 226.

[48] *La Veu del Camp*, 16-V-1886. pp. 287-288.

[49] *La Veu del Camp*, 1- VIII-1886. p. 402.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

el mes de octubre, un artículo periodístico establecía la plena identificación de la bandera de las cuatro barras con el sentimiento reivindicativo catalanista: «el movimiento regionalista se ha extendido para liberar a nuestra patria, Reus ha sido una de las primeras ciudades en alzar bien alto la bandera de las cuatro barras».[50] Además, la exhibición iba ganando terreno, saliéndose del estricto círculo cerrado de la militancia. El 27 de junio de 1887, con motivo de la inauguración del tren de vía estrecha que unía la ciudad con Salou, se celebró en Reus una fiesta cívica en la que se engalanaron los balcones «y en algunos de ellos, se veían las armas de Cataluña», al igual que «las locomotoras iban adornadas con banderas catalanas y guirnaldas de flores».[51] Parece, pues, que éstas eran las únicas banderas que lucían.

El uso público creciente, festivo y reivindicativo, podía provocar los primeros encontronazos con aquellos que se sentían molestos por la progresiva nitidez simbólica de la exhibición. Puede ser que por eso, el presidente de la Associació Catalanista de Reus, Bernat Torroja, recordase que «el pendón nacional [español] lleva los mismos colores que el glorioso pendón que con las rojas barras de Cataluña, consiguió tantos laureles (…), es la misma bandera que Fernando el Católico llevó cuando la unión de los dos reinos», aunque pronto cambiaba el registro del discurso al recordar que «lo lógico era que aquel pendón (…), con los colores de la casa aragonesa-catalana (…) fuese conocido como (…) la bandera española. Pues bien, cuando se habla de nuestra bandera tierras adentro, e incluso cuando se habla de ella de manera oficial (…), no se le llama la bandera o estandarte español, no, que eso sería desairar a los castellanos, sino que se le llama la bandera o pendón de Castilla».[52] En 1889, al comentar la campaña contra la reforma del código civil, un ciudadano anónimo de Reus, justificaba la campaña como una reacción de los «buenos catalanes de corazón», que «juraron trabajar en torno al pendón catalán para no sufrir en adelante ninguna afrenta más de los hombres que viven en el trastocado *cerebro* de España.[53] La radicalización del símbolo iba en aumento. Así, Jaume Novellas de Molins lo equiparaba con «el roble de Guernica» en un poema provocador con incitaciones subliminales a la lucha armada: «nosotros, ya hace días, / bajo el escudo de los cuatro palos, / juramos por nuestros abuelos / hacer a la patria libre y grande.»[54] Con todo, según J. Riera Bertran, que habla con unos referentes cronológicos imprecisos, ya en los años sesenta los miembros de la generación que impulsó la Renaixença y los Juegos

[50] *La Veu del Camp*, 31-X-1886, p. 529.
[51] *La Veu del Camp*, 30-VI-1887, p. 735.
[52] *La Veu del Camp*, 30-VIII-1887, pp. 781-782.
[53] *La Veu del Camp*, 1-XI- 1889, vol. IV, p. 120. La cursiva en el original.
[54] «Als fills de Basconia», dedicado a Fidel de Sargaminaga, de *Ratllas curtas. Poesías*, Barcelona, s.a. [1892], p. 23.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

Florales, ante la postración de Cataluña, «sintiéndose agraviados y ardorosos en ella y por ella, subieron a uno y otro Montserrat de la tierra e hicieron ondear el pendón de las cuatro barras de sangre, paseándolo posteriormente de una hondonada a otra.»[55]

F. Ubach y Vinyeta la presentaba en 1888 como una bandera gloriosa, aunque anacrónicamente al servicio de una España todavía inexistente, al asegurar que las gestas bélicas medievales de los catalanes convirtieron en «mojones del poderío español las rojas barras de su triunfante y libertadora enseña»,[56] en cualquier lugar del Mediterráneo. Josep Pin y Soler, en los borradores de la inacabada novela *Kildo*, escritos entre 1889 y 1892, que tenía que dar fin al ciclo narrativo de los Garrigas, describe como muestra de buen gusto las vigas de una casa nueva, «embragadas por unas fajas de un palmo de anchura con los escudos catalanes pintados en ellas», imitando la decoración del palacio del abad de Santes Creus.[57] Por aquellos años, ya había quien se sentía completamente identificado con la bandera como un símbolo insuperable de la patria, aunque, debían de ser pocos; no obstante, puede ser que precisamente el ser pocos les permitiera tener planteamientos combativos explícitos. En 1889, Àngel Guimerà recordaba emocionado, confiriéndole un tono de lógica excepción, a «aquel Marian Maspons bajado a la fosa cubierto con nuestra bandera, aquella que hoy no pudiéndose desplegar a los besos de la libertad, se consuela abrazándose como madre a los despojos de sus amantísimos hijos».[58]

En 1893, la consagración de la basílica restaurada de Ripoll permitió «el uso popular y a la vez institucional del escudo y la bandera». Al ser allí trasladados los restos de Ramón Berenguer III desde Barcelona, la locomotora que los llevaba «fue engalanada con banderas catalanas», la bandera presidía también el arco triunfal construido en Vic para reci-

[55] Joaquim Riera Bertran, «Memoria critico-biográfica», p. 10, *Travalls llegits en la sesió necrológica dedicada por la Lliga de Catalunya a la memoria del mestre en gay saber Francesch Pelay Briz (15 de desembre de 1889)*, Barcelona, 1890. Con todo, por ejemplo, el pendón de la Associació Catalanista de Reus parece liso y sus miembros no llevan ninguna bandera con las cuatro barras en la excursión de 1884; véanse las fotografías en Pere Anguera – Josep María Ribas, *Catalunya i Reus en els orígens del catalanisme,* Agrupació Fotogràfica de Reus, Reus, 1993, p. 53.

[56] Francisco Ubach Vinyeta, *Discursos leídos ante la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en la pública recepción de D...,* Barcelona, 1888, p. 9.

[57] Josep Pin Soler, *Esborranys de Kildo,* Tarragona, 1994, p. 86.

[58] Ángel Guimerá, «Discurs del president D. Ángel Guimerà», p. 7, *Travalls llegits en la sesió necrológica dedicada por la Lliga de Catalunya a la memoria del mestre en la gay saber Francesch Pelay Briz (el 15 de desembre de 1889)*, Barcelona, 1890. Lo más curioso es que la *Sesió necrológica pera honrar la memoria de Don Mariano Maspons y Labrós celebrada en lo Centro Catalá lo día 27 de novembre de 1885. 2ª Edició amb la traducció castellana*, Barcelona, 1886, no aparece la anécdota de su entierro envuelto con la bandera de las cuatro barras.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

birlas colgaba en la nave central del monasterio restaurado.[59] Ante esta constatación, no deja de sorprender la ausencia de banderas catalanas en la presidencia de las asambleas de la Unió Catalanista en Manresa (1892) y en Reus (1893), aunque puede deberse al hecho de haberse celebrado ambas en establecimientos oficiales.[60] Sea como se quiera las cuatro barras se habían consolidado como un símbolo indiscutible del catalanismo y al mismo tiempo, de todos los catalanes. El 23 de abril de 1898, con motivo del día de San Jorge «nuestra venerada bandera de las barras sangrantes ondeó» en la sede de la Associació Catalanista de Reus.[61] En el Aplec Patriòtic de Sitges, celebrado con motivo de la «fiesta inaugural de la Agrupació Catalanista de Sitges» se formó en las calles de la ciudad una larga comitiva al frente de la cual iba «una gran bandera con las cuatro barras» mientras, «todos los balcones y ventanas que daban a la marcha estaban adornados con damascos»,[62] planteando la duda de si la gente no tenía banderas, si no había surgido todavía la tradición de colgarlas en los balcones de las casas particulares o si se estimaba más respetuoso poner en ellos los ornamentos tradicionales. En abril de 1899, se organizó en Tous una fiesta catalanista el día de Pascua; entre otros actos, los miembros de la coral, todos con la barretina puesta, tenían que cantar Els Segadors y pasearían «una gran bandera catalana (…) por las calles y plazas (…) y por las casas de campo de los alrededores».[63] El 7 de junio de 1899, en conmemoración del levantamiento del Corpus de Sangre de 1640, el Centre Catalanista de Gerona colgó una bandera en su fachada.[64] Con motivo de la inauguración de la Associació Catalanista de Sallent en el mes de julio, al llegar a la localidad una «numerosa representación de la Associació Obrera Catalanista de Manresa (…) se desplegó la bandera nacional catalana al grito de ¡Viva Cataluña!»[65]

El año de 1899 marca un hito en su consolidación simbólica. Con motivo de la visita de la escuadra francesa a la ciudad, «un industrial de Barcelona» imprimió unos abanicos que llevaban «en una cara los colores nacionales franceses con el canto popular *Los Segadors* y en la otra cara las barras catalanas con el himno *La Marsellesa*. Una buena idea

[59] A. de Fluvià, *op. cit.*, pp. 121-122. Más detalles en F. Carreras Candi, *Crónica del traslació de les despulles de Ramon Berenguer lo Gran, comte sobirà de Barcelona en 1893*, Centre Excursionista de Catalunya, Barcelona, 1893.

[60] Los grabados de las presidencias se pueden ver en la cubierta de *Cent anys* y en la p. 93 respectivamente.

[61] *Lo Somatent*, 23-IV-1898.

[62] *Lo Somatent*, «Aplech Patriótic de Sitjes», 14-III-1899. Copiado de *La Renaixensa*.

[63] J. L. Marfany, «*Al damunt dels nostres cants*… nacionalismo, modernisme i cant coral a la Barcelona del final de segle», *Recerques*, 19 (1979), p. 86.

[64] *Lo Somatent*, 11-VI-1899.

[65] *Lo Somatent*, «Inauguració de la Agrupació Catalanista de Sallent», 27-VI- 1899. Copiado de *La Renaixença.*

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

que seguramente proporcionará al empresario grandes beneficios».[66] Es cierto que Els Segadors se presentan como canto popular y no como un himno, pero el juego de identificaciones parece claro: ambos cantos son equiparables como lo son las banderas y lo es el deseo de futuro, una república catalana. El radicalismo que se desprende de la iniciativa, en la línea de Roca Ferreras, lo confirma un suelto de *Lo Somatent* con motivo del 11 de Septiembre; en él se habla de la pérdida de Cuba como resultado de la espoliadora gestión gubernamental que el diario compara con la derogación de las libertades catalanas, para concluir asegurando «mas como la razón y la justicia siempre se imponen tal vez no vengan días como la fecha que conmemoramos, pero estamos convencidos de que no tardará mucho que en días, como el de mañana, ondeé en todos los edificios la bandera que ni en Cavite ni en Santiago cobijaba a nadie y que ha quedado limpia de toda mancha».[67]

Todo induce a creer que el primero en exhibirla con plena voluntad de reivindicación pública desde un cargo político institucional fue Pau Font de Rubinat, nombrado alcalde de Reus por el gobierno de Silvela-Polavieja. Font siempre reivindicó su catalanidad, ejemplificada con el hecho de mandar imprimir, en tanto que alcalde constitucional de la ciudad, unas tarjetas en catalán, siendo así la primera autoridad política en servirse de esta lengua en la representación de un cargo. El catalanismo militante lo exhibió de manera más nítida durante las Fiestas de Octubre de 1899. Una de las novedades del alcalde, «famoso en toda Cataluña (…) por su exagerado amor al regionalismo» fue su decisión de colgar la señera en la parte más alta del campanario de la prioral de San Pedro: «su atrevimiento en esta materia llegó hasta el punto de izar durante unas fiestas la bandera catalana en la torre de la iglesia»;[68] era una «bandera catalana y bien larga y visible» que al ser izada fue saludada «con el impacto de 35 morteros».[69] Según *Lo Somatent*, durante aquellas fiestas tan sólo los escudos de Reus y de Cataluña, los de las cuatro provincias y el de Aragón adornaron la fachada de las Casas Consistoriales. Una novedad que «todos, o al menos la mayoría aplaudirá».[70] Durante las

[66] *Lo Somatent*, 12-VII-1899.

[67] *Lo Somatent*, «11 de Setembre 1714», 10-IX-1899.

[68] F. Soldevila, *La opinión en Cataluña. Información llevada a cabo en las provincias catalanas por encargo y en representación de «El Imparcial»*, Madrid, 1900, p. 133, donde insiste en calificarlo de «furibundo regionalista» que «siente con tal violencia su despego, por no decir su odio a todo lo castellano» que no le importaba «nada el peligro del separatismo *por no sufrir la ignominia* de estar unido a Castilla». La cursiva en el original. La tarjeta la reproduzco a Pere Anguera, *Pau Font de Rubinat (Reus 1860-1948). Vida i actuacions d'un bibliòfil catalanista*, Museu Comarcal Salvador Vilaseca, Reus, 1997, p. 33.

[69] *Lo Somatent*, 27-X-1899, Los morteros no son los del ejército, sino los de la Tronada (salva de morteretes) tradicional, en señal de respeto y de fiesta.

[70] Font no puso la bandera española. Anguera-Ribas, *Catalunya*, p. 34, con fotografía incluida.

ISSN 0044-5517 JERÓNIMO ZURITA, 82. 2007: 253-272

mismas fiestas se celebró un «concurso de bicicletas adornadas», la mayoría de las cuales, «ostentaban nuestras banderas mientras esparcían papeles con los lemas de ¡*Viva Cataluña*!»[71] El 3 de diciembre de 1899, una bandera catalana, al lado de otra española, presidía en el Teatro Fortuny de Reus el mitin a favor del concierto económico convocado por el Fomento del Trabajo Nacional.[72]

La politización de las cuatro barras se vio favorecida por dos hechos: por el proceso identitario impulsado por las entidades catalanistas que las habían convertido en el símbolo y emblema político de sus reivindicaciones nacionales, y por las prohibiciones gubernativas que favorecían, potenciándola, esta identificación. 1899 se confirma como el año clave.[73] El 9 de abril, el Orfeó Català realizó un concierto en Mataró donde la «Agrupació Catalanista (…) para más honrarnos y para hacer más pública ostentación de su simpatía para con nosotros, izó en su edificio social el sagrado emblema de nuestra bienaventurada Patria».[74] La tarde del 20 de mayo, el Orfeó se embarcó hacía la isla de Mallorca «con el buque completamente engalanado y con nuestra bandera nacional, presidiendo a todas las otras, ondeando en el punto más alto».[75] En el mes de agosto, los orfeonistas hicieron un alto en la localidad de Camprodon donde los habitantes del pueblo y una colonia de veraneantes hicieron, en su homenaje, «ondear durante los tres días que permanecimos allí, la gloriosa bandera de nuestra Patria en los cerros más altos y cercanos».[76] No eran forzosamente frases retóricas las que, llenas de emoción agradecida, acompañaban el reconocimiento por recibirles con las banderas al viento; no en vano la gente iba a los conciertos del Orfeó «ansiosa (…) de saturarse de la atmósfera catalana y patriótica que caracteriza todas nuestras fiestas y de gozar del cálido momento que resulta de los incendios de amor y adoración a nuestra idolatrada Cataluña, producidos por los cantos de nuestros coristas.»[77] Un elemento popularizador de las cuatro barras pudo ser la masiva difusión de los sellos de la Unió

[71] Anguera-Ribas, *op. cit.*, p. 37. con fotografías y P. Anguera, *Pau Font*, *op. cit.,* p. 31.

[72] P. Anguera, *Pau Font*, *op. cit.,* p. 32.

[73] La encrucijada del uso simbólico de las cuatro barras y su expansión entre los años 1898-1899 se ve confirmada con los datos que aporta J.L. Marfany, *op. cit.*, pp. 101-102.

[74] F. Viñas y Cusí, *Orfeó Catalá. Memoria administrativa y artística corresponnent al any 1899*, Barcelona, 1900, p. 25.

[75] *Ibidem*, p. 29.

[76] *Ibidem*, p. 40.

[77] *Ibidem*, p. 7. El Orfeó tenía el reglamento original en catalán y para poderlo presentar ante el gobierno civil para su aprobación, Ramon Arabia Solanas certificó gratuitamente la traducción, *id.*, p. 8. Manifestaciones encendidas de catalanismo, pp. 12, 17, 52. El director Lluís Millet, no se quedaba corto y presentaba al Orfeó «destacando en el cielo de nuestro renacimiento como astro que ilumina los corazones catalanes todavía medio adormilados por la mentira, que desnaturaliza, de la España centralizada», «Parlament», en *id.*, p. 55.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

Catalanista, donde figuraban, puesto que, tan sólo del primer modelo, se distribuyeron 2.018.045 ejemplares.[78]

El día de San Jorge de 1900, con motivo de la celebración organizada por la Associació Catalanista de Reus, se dispuso la decoración de la ermita del Rosario «con mucho gusto, con flores y tapices de los colores de nuestra bandera»;[79] el 11 de septiembre de ese mismo año, ondeó la bandera a media asta en el local de la Lliga Catalana de Reus[80] y el 8 de septiembre, recibió una aclamación popular en las calles de Cambrils tras haberse prohibido un mitin catalanista.[81] Ese año, J. Martos y J. Amado denunciaron en un panfleto anticatalanista la difusión de las cuatro barras con voluntad reivindicativa: «el uso de banderas, escudos, insignias, emblemas, etc., con las armas y los colores que simbolizan la región catalana, es otra de las manifestaciones catalanistas más en boga y no se perdona ocasión de fiesta pública o privada para exhibir aquellos objetos en lugar preferente a los símbolos nacionales, cuando, no pueden prescindir de éstos.»[82] Como ejemplo, recordaban que en el mitin de rechazo a la actuación anticatalanista de Martos como gobernador civil de Lérida, los asistentes llegados de Barcelona en un tren especial «exhibían pequeños lazos con las barras catalanas».[83] En su réplica, Manuel Roger de Llúria, les recordó en un tono sarcástico que el escudo de Cataluña formaba parte del de España, «arriba de todo y a la derecha, es decir, en un lugar preferente», y que por lo tanto, se encontraba en todos los lugares oficiales.[84] Martos destacó por su afición a perseguirla; al enterarse de que en la mañana del 1 de octubre de 1900, miembros de la Associació Catalunya navegaban por el Segre «en un gran bote, llevando enarbolada en la popa una bandera catalana y dando vivas a Cataluña» decidió detener la excursión mediante la intervención de la policía, aunque fracasó en el intento. Los catalanistas desembarcaron en Torres de Segre «donde les aguardaba el pueblo en masa, fraternizando con los expedicionarios y uniéndose a ellos para recorrer en manifestación antipatriótica el pueblo con la bandera desplegada y dando vivas a Cataluña, que eran respondidos por la multitud con entusiasmo delirante». Martos los denunció ante los tribunales que sobreseyeron la causa.[85] Todavía en

[78] Pere Anguera, «Modernitat i contundència de la primera propaganda catalanista», *L'Avenç*, 179 (1994), pp. 10-15.

[79] *Lo Somatent*, 24-IV-1900.

[80] *Lo Somatent*, 11 y 12- IX-1900.

[81] *Lo Somatent*, 11-IX-1900.

[82] J. Martos 0'Neale-J. Amado Rey Gondaud, *El peligro nacional. Estudios e impresiones sobre el catalanismo,* Madrid, 1901, p. 19.

[83] Martos-Amado, *Ibidem,* p. 33.

[84] M. Roger de Lluria, *L'As de Bastos. Jaco, tacó, tunda o filípica al follet Peligro Nacional escrit á mitjenca de bon pajés per...,* Lérida, 1901, p. 22.

[85] Martos-Amado, *op. cit.*, p. 41-42 y M. Roger de Lluria, *op. cit.,* pp. 47-51. Una fotografía de la expedición fluvial, sin identificar el episodio, en *Cent anys*, p. 90.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

1900, durante el transcurso de un accidentado viaje por Cataluña del ministro Dato, «aparecieron en las calles de la capital de Cataluña algunos faroles del alumbrado público cubiertos por banderas catalanas y los transeúntes, sin distinción de clases ni edades, formaban grupos frente a ellos aplaudiendo frenéticamente».[86]

La actuación de Martos no fue aislada. El capitán general de Barcelona, «un general catalán desarraigado llamado Bergés,» que utilizaba «el más inflexible rigor contra los catalanistas», envió al consistorio, el mismo día de los Juegos Florales de 1902, la orden de «suspender inmediatamente la fiesta si no figuraba en la sala, como mínimo, una bandera española». El encargado de decorarla, el escritor Emili Vilanova, manifestó su estupor ya que «por tratarse de un acto casi familiar debido a su carácter marcadamente catalán y literario (…) nunca a lo largo de su historia, había figurado ninguna bandera ni blasón de otras regiones que no fuesen la nuestra». De nada sirvió el intento mediador del alcalde y el presidente del consistorio de los Juegos, Francesc Matheu, tuvo que ordenar que se colocase deprisa y corriendo una bandera española en el estrado; al interpretarlo los asistentes como la imposición que era fue recibida con «silbidos multitudinarios y ensordecedores», lo que comportó la suspensión del acto.[87] La intempestiva reacción del capitán general se explica por la politización de la bandera; mientras había permanecido como un estricto símbolo de identificación afectiva regional, no generó ningún altercado con la autoridad. Actuaciones como ésta explican la escasa exhibición de la bandera de las cuatro barras por el Orfeó Català en 1902; tan sólo se recuerda su uso cuando se menciona al «laurel y las siemprevivas enlazadas con el crespón y la bandera catalana» depositados en la tumba de Jacint Verdaguer.[88] La reducción de exhibiciones no se debía a ningún distanciamiento patriótico, sino a las circunstancias externas. El final del texto de la memoria, entre otras citas posibles, es lo bastante elocuente: «así pues, a la lucha (…), a la lucha por elevar a Cataluña y su enseña barrada hasta las nubes», al mismo tiempo que se pedía a los orfeonistas que dirigiesen sus cantos a Dios, «que el os dará santa inspiración para cantar un grandioso hosanna por la Redención de Cataluña».[89]

En julio de 1904, tras tener conocimiento el comandante de marina de Tarragona que «un distinguido catalanista veraneante en Torredembarra, había levantado en la playa una casita de baño coronada por una

[86] Martos-Amado, Barcelona, 1903, p. 135.

[87] Narcís Oller, *Memòries literàries,* en *Obres completes*, II, Selecta, Barcelona, 1985, pp. 943-945 y p. 944 para las citas. Una versión tergiversada por la prensa madrileña es recogida por C. Serrano, *op. cit.*, p. 98.

[88] F. León Luque, *Orfeó Catalá. Memoria-ressenya corresponent al any 1902*, Barcelona, 1903, p. 6.

[89] *Ibidem*, p. 24.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

bandera catalana», ordenó la retirada de la misma. El veraneante, «el señor Macaya», hizo caso omiso de la orden trasmitida por el cabo de la Guardia Civil del pueblo y, finalmente, fueron los carabineros quienes le obligaron a acatar la orden de retirar la bandera. Al enterarse de esto, «el Ayudante [de marina] de Sant Feliu de Guíxols» publicó un edicto en el que ordenaba retirar «del asta de bandera de popa de algunas embarcaciones» todos «los distintivos que no fuesen banderas nacionales».[90] Si el episodio de Torredembarra pudo ser una anécdota aislada surgida a consecuencia de una iniciativa personal, la orden dada en Sant Feliu admite indirectamente que eran más de uno los que colocaban la bandera catalana en sus barcos, que se trataba en definitiva, de un hecho reiterado.

De la misma manera, Fuentes, gobernador de Barcelona, prohibió que el lunes 11 de septiembre de 1905 se colgasen en los balcones banderas catalanas e hizo arriar el domingo 17 la que había en el edificio del Foment Autonomista Català. Como protesta el día 19 fueron izadas en numerosas sociedades. Esta actitud provocó unas palabras airadas de Lerroux, que no tendrían sentido alguno si, como el agitador populista pretendía hacer creer, se tratase simplemente de un hecho anecdótico: «hoy salen al sol las banderas catalanas, gualdas, rojas, flamígeras al ondear del viento, como llamarada de un fuego provocador, amenazador. No son una injuria y lo parecen. No son una amenaza porque detrás no hay nadie, ni corazones, no corajes, ni hombres, ni nada; y si acaso hay algo es la bandera blanca que pide clemencia, o la bandera sucia que pide intervención». Las entidades catalanistas acordaron hacer un colgamiento masivo de banderas el domingo 24; tras conocer la decisión, el gobernador declaró que no se opondría y que si anteriormente había hecho arriar la del Foment Autonomista Català fue porque «había sido izada en son de protesta por su anterior mandato». Al ser izada en el Aplec Catalanista, donde se había tenido que arriar por orden gobernativa el miércoles anterior, «una gran multitud de personas que se había estacionado en la Portaferrisa estalló en fervorosos aplausos y en vivas a Cataluña». Según la revista *¡Cu-cut¡*, fueron pocos los particulares que la colgaron; esto, sin embargo, no tenía mucha relevancia puesto que «el acto del domingo tan sólo pretendía reivindicar el derecho de los catalanes a izar la bandera en sus asociaciones» y «todas las entidades catalanistas izaron el domingo su bandera, dispuestas a no a arriarla costase lo que costase». Los particulares no estaban vinculados a la protesta, ya que el mismo gobernador había afirmado que «estaban en su derecho de

[90] Lleixiu, «Llista de bogadera», *¡Cu-cut!*, 18-VIII-1904, pp. 530-531. En la 531 facsímil de la nota del cabo de Torredembarra llena de faltas de ortografía. En la portada un chiste sobre los hechos del pueblo.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

izar la bandera catalana».[91] La persecución de ésta no se limitaba a Cataluña. En noviembre de 1907, el embajador español en Chile consiguió del gobierno de la república americana «que se arriase la bandera catalana que, junto con la chilena, figuraba en el balcón del *Centre Català* de aquella capital con motivo de las fiestas de la independencia de aquel país». Ante las protestas chilenas se produjo «por parte del Gobierno de Madrid la declaración explícita de que la bandera de las cuatro barras no es española».[92]

El tránsito de la bandera de las cuatro barras de la emotividad al emblema reivindicativo tuvo una rápida consolidación. En junio de 1905, trabajadores «cansados de la fábrica o mareados del escritorio (…), muchachas y muchachos y hombres» de Terrassa, miembros de la Agrupació Regionalista se reunieron en la romería de la Mata de Mura. Acudieron en «más de 200 carros, tartanas, coches, automóviles, bicicletas, montados en caballos adornados con banderas catalanas». Al llegar al hostal de la Barata, les esperaban un coro y gente de Castellar del Vallès «llevando barretina encarnada y banderas catalanas». Poco después cruzaron la riera de las Arenas precedidos por el Orfeó de la misma agrupación «que enarbolaba su bandera catalana»; finalmente, pasaron por debajo de Puig-Castellar en cuya cima «ondeaba una grandiosa bandera catalana».[93] Sobra decir que la euforia que acompañó la eclosión de Solidaridad Catalana fue el detonante que acabó de consolidar la simbología política reivindicativa. En 1908, la Associació Obrera Nacionalista de Gràcia convocó con notable éxito «la fiesta de las banderas en el Tibidabo».[94]

En resumen: tras una etapa de recuperación simbólica entre las décadas de 1840 y 1880, dio comienzo una etapa de uso reivindicativo de la bandera como componente identificador impulsado por los centros catalanistas y las entidades excursionistas durante la década de 1880. Al final de la década de 1890, con la ayuda de diversos orfeones en sus giras, su difusión alcanzó a toda Cataluña. La persecución gubernativa y el éxito de las campañas de Solidaridad Catalana, entre 1905 y 1907, acabó convirtiendo la *senyera* en el símbolo de todos los catalanes y no sólo de los catalanistas.

Jerónimo Zurita, 82. 2007: 253-272 ISSN 0044-5517

[91] Resumo las notas publicadas en *Cu-cut!*, 28-IX-1905, pp. 615 y 620-621.
[92] «La bandera catalana arriada en Xile», *Cu-cut!*, 14-XI-1907, p. 741.
[93] «L'Aplech de la Mata de Mura», *La Veu de Catalunya*, 13-VI-1905.
[94] *Cu-cut!*, 1-X-1908, p. 635. Se publicó una postal reproduciendo una fotografía, Anguera-Ribas, *op. cit.*, p. 68.